

**Roberto VILLA GARCIA, *Alejandro Lerroux: La República Liberal*, Madrid, FAES, 2018, 188 pp. ISBN: 978-8496729476.**

La de Alejandro Lerroux, es una biografía que en manos de Roberto Villa (Universidad Rey Juan Carlos) se hace particularmente atractiva, historiográficamente pertinente y, si el lector tiene cierta sensibilidad por la cosa pública, políticamente relevante. Atractiva, en primer lugar, por el estilo sofisticado, ameno y ágil que, cosa rara entre los historiadores profesionales, permite al público no especialista acceder con facilidad a la labor del historiador, al tiempo que los profesionales pueden aproximarse a una visión revisionista de Lerroux con la que pueden estar más o menos de acuerdo, pero de la que van a extraer estupendas horas de disfrute literario. Al mismo tiempo, en una cualidad que es ya seña del autor, los historiadores tienen la oportunidad de conocer el encomiable trabajo profesional de aproximación y respeto por las fuentes primarias, y es que la revisión histórica solo es viable, útil y en casos como los que nos ocupan necesaria, cuando se sostiene sobre el conocimiento profundo y exhaustivo del registro histórico.

Lejos del simplismo con el que la literatura—inclusive buena parte de la prensa de su época— nos lo ha presentado hasta ahora, el Lerroux que se asoma de estas páginas es un personaje cambiante que evoluciona desde su juventud, radical y demagógica, barcelonesa hasta alcanzar progresivamente una madurez moderada y posibilista. De la primera etapa nos queda, de una parte, el Lerroux populista y demagogo; de la otra el político genuinamente preocupado por las condiciones de las clases populares y absolutamente desinteresado por el discurso identitario y conservador del nacionalismo catalán. Nacido en el pueblo cordobés de La Rambla en una familia modesta encabezada por un militar moderadamente republicano, el joven Lerroux se pasó la infancia recorriendo España hasta recalar en Madrid y Barcelona donde se inició en el periodismo primero—con más éxito que talento, según nos informa el profesor Villa— y subsecuentemente en la política. Esta etapa fundacional de la vida pública de Don Alejandro es la que determinó, en buena medida, tanto los ejes principales de su imagen pública durante el resto de su vida como, aunque por motivos ligeramente diferentes, el de la percepción histórica. Y es que aislado, por motivos evidentes además de por convicción, del nacionalismo catalán y del obrerismo revolucionario de socialistas y anarquistas, Lerroux optó por trasladar a lo político la misma estrategia que le había servido para alcanzar notoriedad periodística a pesar de la mediocridad literaria: a falta de compromiso ideológico con las facciones ya existentes, optó por crear una alternativa nueva sobre la demagogia radical.

El Lerrouxismo se atrajo a las clases trabajadoras mediante un discurso y una organización política distintas del obrerismo socialista y el anarcosindicalismo a expensas de denunciar al catalanismo y arremeter, en ocasiones brutalmente, contra la iglesia y la monarquía. En otras palabras, Don Alejandro se las arregló para construir un discurso

genuinamente populista –y por tanto inclusivo, frente a un enemigo identificado como las élites– cuyo éxito puede considerarse casi milagroso en un contexto político dominado por los niveles de polarización política y exclusión de la Barcelona del primer tercio del siglo pasado y que también dominarían la II República. Entre su acceso al parlamento de Madrid en las elecciones de 1901 y la fundación del Partido Radical en 1908, Lerroux se llegó a convertir en el auténtico “Emperador del Paralelo” a base de formas de organización, movilización y comunicación política genuinamente innovadoras y con evidentes aspiraciones de inclusividad política rayanas en lo que hoy denominaríamos “partido atrápalo-todo” y que el profesor Villa identifica, de nuevo correctamente, como uno de los primeros ejemplos identificables de partido político reconociblemente moderno.

Lógicamente, con los límites del propio Lerroux y los impuestos por la estrategia populista que este eligió. En primer lugar, su limitada formación le impidió construir un discurso político alternativo coherente por idénticos motivos que le impidieron construir un periodismo de fuste. Siendo intelectualmente mediocre, Lerroux nunca dejó de ser un político mediocre en lo conceptual. En segundo lugar, el populismo como estrategia política requiere de estridencia estilística y de una retórica próxima a la del electorado –en este caso la masa obrera barcelonesa, en buena mediad analfabeta, pobre y frustrada con buen motivo frente al sistema político y las élites dominantes nacionales y locales y, además, radicalizada tras décadas de influencia revolucionaria. Se entiende a así mejor la visceralidad con la que el populismo de Lerroux atacó a la Corona, a la Iglesia y al catalanismo. Y también se contextualizan mejor incidentes como aquel en el que Lerroux sugería que lo que las monjitas de Barcelona de verdad necesitaban era una buena violación. En otras palabras, el lerrouxismo identificó correctamente algunos de los principales problemas sociales que acuciaban a la clase trabajadora y sirvió de vehículo para articular el descontento mediante métodos menos destructivos que los propuestos por buena parte del movimiento obrero. El Lerrouxismo, además, también identificó correctamente y señaló sin ambages a los principales pilares del sistema sociopolítico español y catalán de principios de siglo: la Monarquía y la Iglesia, desde luego, pero también la oligarquía catalana asociada con el nacionalismo. El problema para Lerroux es que el populismo por sí mismo solo es capaz de facilitar una lista de enemigos a modo de soluciones. Aun peor, entre estos enemigos del Lerrouxismo figuraban insignes miembros de la coalición republicana –los nacionalistas catalanes y la izquierda revolucionarias– que aún tienden a ser enormemente sobrevalorados por los historiadores. El resultado fue que Lerroux se encontró bajo el fuego de los nacionalistas y las izquierdas. En otras palabras, Lerroux se encontró a sí mismo siendo el pim-pam-pum de la *intelligentsia* de su época en bloque y de los historiadores subsecuentes también en bloque. A veces con razón, particularmente al principio de su carrera, cuando subrayaban los evidentes elementos demagógicos de su discurso político.

Otras con no tanta razón, como en el caso de los escándalos de corrupción que rodearon a Lerroux y que, en última instancia, contribuyeron a su caída política. Tras examinar la documentación de la época y contextualizarla –a saber, tras ejercer la profesión de historiador, en lugar de reproducir la parte de la primera con la que uno simpatiza y saltarse lo segundo como si fuera superfluo– el profesor Villa concluye que ambos escándalos fueron precisamente eso, escándalos, sacados de toda proporción por los adversarios políticos y mediáticos de Don Alejandro –inclusive Niceto Alcalá-Zamora, Presidente de la República y más que propenso a la flexibilidad en la aplicación de la norma. Después de todo, como nos explica bien el profesor Villa, la hacienda personal de Lerroux a su muerte, siendo acomodada, era también relativamente modesta. Las implicaciones de este análisis son evidentes: los historiadores como profesión han tendido a idealizar a un sector de la política republicana –y por extensión de todo el primer tercio de siglo y buena parte del XIX– y

desistir en el intento de entender al resto. El resultando ha sido, desde luego, no entender a estos últimos, pero tampoco al resto o al conjunto de la vida política española.

De nuevo, en manos del profesor Villa la especificidad compleja, cambiante y a veces contradictoria de Lerroux contribuye a iluminar la generalidad histórica que, como es bien sabido, siempre es compleja, cambiante y contradictoria. Y es que la falta de asideros ideológicos firmes, combinada con la clara voluntad (necesidad, en realidad) de contar con apoyo popular hacen transitar a Lerroux desde la demagogia de juventud hasta pragmatismo moderado y, al menos en la praxis, liberal de su madurez. Lógicamente el “pragmatismo” moderado, necesariamente transaccional y con la concomitante voluntad de acuerdo, también puede describirse correctamente como “oportunismo” y voluntad más o menos desnuda de poder, que es como los contemporáneos y adversarios de Lerroux en la izquierda republicana eligieron describirlo. Normal y predecible, la clave aquí son los adjetivos “contemporáneos y adversarios”. Máxime en un periodo histórico de radicalización y polarización en el que se primaba la épica de la pureza ideológica sobre las desangeladas, frustrantes y con frecuencia bastante poco dignas prácticas de la negociación y el compromiso. En realidad, la figura de Lerroux que emerge de este libro es la de un político mediocre con aspiraciones mediocres que se encontró a sí mismo en circunstancias excepcionales y trató de pilotar la República hacia la clase de soporífera medianía política que caracteriza a las democracias avanzadas –una comparación de la trayectoria y vicisitudes políticas de Lerroux y la de la clase política del siglo XXI en bloque arroja paralelos un tanto deprimentes y, visto el éxito de estos donde aquel fracasó, un tanto reconfortantes.

Magro consuelo para Don Alejandro, que desapareció de la vida pública española tras ver su reputación destruida y ser marginado tanto por unos como por otros tras la sublevación de 1936. Triunfó la épica en aquel mes de julio y los españoles la disfrutaron, en toda su gloriosa intensidad, durante tres largos años. Visto así, uno se pregunta si no conviene revisar el valor del posibilismo, el pragmatismo y hasta la mediocridad y el oportunismo. Este libro ofrece tanto a historiadores profesionales como para el público en general, una magnífica, entretenida y sofisticada ventana a la que asomarse para iniciar la tarea.

David SARIAS RODRÍGUEZ  
Universidad San Pablo CEU  
david.sariasrodriguez@ceu.es